

(Núm. 9.)

DON CLAUDIO Y DONA MARGARITA.



ADMIRABLE Y CURIOSA RELACION

en la que se refiere un suceso muy extraordinario acaecido á estos
nobles señores.

PRIMERA PARTE.

Hoy señores, hoy se alienta
mi discurso por un rato,
á referir las mayores
penas, congojas, trabajos,
de una principal señora,
la cual en un reino extraño
vino á vivir de tal suerte,
que de su vida y estado
de padecer fué la causa,

como lo iré declarando.
Estaba, pues, en la corte,
siendo grande de palacio,
en Francia un gran caballero
cuyo nombre era don Claudio:
rendido de la hermosura
de esta señora, ha intentado
por lograr su estrecho amor
entrar en su mismo cuarto

por las tapias del jardín,
 hizo avance, y reparando
 era alfombrado el suelo
 de aqueste hechizo descanso,
 con las flechas de Cupido,
 aunque no sin sobresalto,
 con fino amor atropella
 los términos del recato.
 Entró en su cuarto, y apenas
 vió el sol tan á su salvo,
 con halagos la acaricia,
 con finezas la ha templado.
 Dijo entonces la señora,
 con semblante demudado:
 ¿qué es aquesto, caballero?
 mucho ~~aquesta~~ acción extraño;
 si buscáis retraimiento
 el motivo es mi cuidado,
 siendo la ocasión disculpa
 todo está á vuestro mandato.
 Dijo el caballero entonces:
 señora, vengo buscando
 todo mi total remedio,
 cuando en fino amor me agraso,
 y no se admire de que yo
 haga aqueste esceso, cuando
 solo pido á vuestras luces
 me mantengan con sus rayos.
 Bien sabeis mi calidad,
 y que en el estrecho lazo
 del matrimonio, se igualan
 las cualidades de entrambos.
 Si os hizo Dios tan hermosa
 no estrañeis que mi cuidado
 se anticipe de esta suerte,
 no puedo mas remediarlo.
 Dijole así la señora:
 pues bajo de este contrato,
 (ya que habeis hecho este arrojó)
 á vuestro gusto me allano.
 Estos fueron los principios
 para que en estrecho lazo
 lograsen del matrimonio
 el efecto consumado,

siendo de los dos testigo
 un soberano retrato
 de la Virgen de la Paz,
 Madre del Verbo encarnado.
 Se efectuaron las bodas,
 con el rumbo y aparato
 que en tal caso corresponde
 según el porte de entrambos.
 Ya fenecidas las bodas,
 por mayordomo han tomado
 un mozo de gran despejo,
 que Alberto era llamado:
 demonio debió de ser,
 pues que entre los dos casados
 con su dañada intención
 introdujo tal estrago.
 En este tiempo don Claudio
 le fué preciso ausentarse,
 dejando su esposa y casa,
 según el rey lo ha mandado.
 Dejó en casa al mayordomo,
 juntamente dos criados,
 para que á su esposa asistan
 y estén á su mandato;
 también algunas criadas,
 y á una dueña, que á su lado,
 no le falte á la señora,
 que es de virtud dechado.
 Quedó la noble señora
 con mucha pena y quebranto
 por la ausencia de su esposo,
 á quien estimaba tanto.
 Doblemos aquí la hoja,
 y vamos á que arrestado
 el traidor del mayordomo,
 con pecho falso y dañado,
 en lascivos pensamientos
 quiso emplear su cuidado,
 que quien tiene mala sangre
 obra al fin como un villano,
 inventó (¡gran desvergüenza!)
 manchar (¡acción de inhumano!)
 el honor á la señora,
 su respeto atropellando.

Rompió el silencio una voz
un dia que salió al campo
por divertir sus pasiones
y dar treguas al cuidado.
Con la ocasion de asistirla
el mayordomo ha llegado,
y con cifradas razones
su maldad fué declarando,
hasta que dijo: señora,
en fuego de amor me abraso,
gocemos de la ocasion
con la ausencia de mi amo.
Era mujer muy prudente,
y con disimulo extraño,
sin ser de nadie notada
ésta respuesta le ha dado:
vive Dios, hombre atrevido,
si lo que dices, villano,
no entendiera que era chanza
y que es lisonja del prado,
yo misma os diera la muerte,
yo, sí, os hiciera pedazos:
reprime tu fantasía
y agradece no lo hago
por solo escusar la nota,
contigo un esceso extraño.
Quedó Alberto muy corrido,
suspense y avergonzado,
discurriendo en la ocasion
vengarse como tirano.
Trazó una gran traicion
con un testimonio falso,
que el gusto volvió en veneno
y en rigor trocó el halago.
Cumplió el amo su campaña,
y en su esposa contemplando,
anhelaba por llegar
á su casa, y con halagos,
bajó la noble señora
por recibir en los brazos
su muy querido esposo,
con la servidumbre al lado.
Bajaba tambien un paje,
que desde niño han criado,

y delante de su ama
con una antorcha alumbrando
bajaba Alberto tambien,
y del demonio incitado,
quiso lograr la ocasion
que el tiempo le está brindando.
Se juntaron en el pié
de la escalera, y sacando
un puñal, le dió la muerte
al paje que va nombrado;
quedó la señora inmóvil
viendo tan noble estrago,
al tiempo que el caballero
ya subia á su descanso.
¿Qué es esto, dice, qué es esto?
y el traidor, disimulando,
ha dicho: aqñeste traidor
en este sitio ha violado
tu honor, y yo soy testigo;
y así he querido vengarlo.
La noble señora, entonces
aumentando el sobresalto,
amortecida cayó
á los piés de este malvado.
Entonces el caballero,
afligido y angustiado,
lloraba su infausta suerte
por el hecho confirmado.
¡Ay, Margarita! la dice,
cómo lo que estoy mirando
con tanta evidencia, juzgo
que no es capaz de tu estado.
Si en tí no hay culpa, desdícen
los efectos inhumanos;
pero no tiene remedio,
el Cielo te dé su amparo.
Dejóla, y al retirarse,
el corazon quebrantado,
le ofrece el amor disculpas,
que no admite el honrado.
Vuelta su esposa en su acuerdo,
su pena va duplicando,
viendo que en su esposo obraban
los efectos del agravio.

No halla disculpa, ni halla
con qué aclarar del villano
la traicion, ni tampoco
por dónde salir del cargo;
satisfacer con razones
diciendo lo que ha pasado,
no lo prueba, que es indicio
de que él lo ha fomentado,
y por disculpar su error,
quiere culpar al criado;
y así, no hallando remedio,
todo lo remite al llanto.
Dijo su esposo: á esta fiera
la habeis de sacar al campo,
y de las mas altas peñas,
cual precipitado rayo
arrojadla, y luego al punto
abriendo el pecho tirano,
sacaréisla el corazon,
con un dedo de la mano
me lo traereis, porque quede
satisfecho de este agravio.
Vos, mayordomo, no ireis
á ejecutar lo que mando,
porque aunque os apreciáis de fino
estais muy apasionado;
(parece que el corazon
la traicion está dictando.)
Dos criados la cogieron,
y retirándola al campo,
entre peñas y entre riscos
con gran dolor la han entrado.
Van los dos muy convencidos
de que es testimonio falso,
y la inocencia del alma
procuran dejar en salvo.
Dijo el uno: yo, señora,
y el que me está acompañando,
somos leales y finos,
no homicidas ni inhumanos:
quedaos aquí, y el Cielo
que todo lo está mirando,
volverá por vuestra causa;
y se despiden llorando.

Dijo la scñora: hijos,
ejecutad el mandato
de mi esposo, que no es justo
que os suceda algun quebrante
Se fueron á un hospital,
donde una difunta hallando,
le sacan el coazon
para cumplir con su amo,
llevando tambien un dedo,
salieron de su cuidado.
Quedó la triste señora
sola, afligida en el campo,
preñada de nueve meses,
y con dolores de parto.
Entre confusas angustias
y rigor tan inhumano,
parió dos infantes tiernos,
que al sol quitaban los rayos.
Pasó por allí una osa,
y un niño se ha llevado
á su cueva, pero el otro
lo tomó su madre en brazos.
Todo mortal, y sin fuerzas,
iba buscando en el campo
donde cristianar al niño,
no muera sin ser cristiano.
Vió bajar á un pastor
desde una altura al llano,
que al refresco de una fuente
viene el tal encaminado,
que el Cielo en tales conflictos
nadie ha desamparado.
Llegó el pastor, pero viendo
suceso tan impensado
como la dama le cuenta
quedó admirado del caso.
Y en la cristalina fuente,
tomando el niño en los brazos,
y de la fuente el cristal,
con una concha en su mano
dijo: en el nombre de Dios
Padre, Hijo y Espiritu Santo,
te bautizo, Valentin,
que es el nombre que le ha dado,

Llevó á la triste señora
á su cabaña, y llegando
se la entregó á su esposa,
para que con gran cuidado
la asista, cuide y regale,
que está muy débil del parto:
recogieron la señora,
y á su hijo acariciando
dió en sus pechos alimento
dándole el pastor su amparo.

En el segundo romance
se prosigue este fracaso,
donde allí verá el curioso
este caso tan extraño
que sucedió con el niño
que la osa está criando,
y cómo fué descubierto
este testimonio falso,
castigada la maldad,
y en lo cierto el desengaño.

SEGUNDA PARTE.

Ya dice el primer romace
cómo quedó la cabaña
recojida esta señora,
asistida y regalada
de los humildes pastores;
y volvamos á que esta estaba
con muy grande sentimiento
don Claudio de ver la falta
de su bella Margarita,
la cual, con ánsias sobradas,
se acordaba por instantes
del esposo de su alma,
y de aquel infante tierno
que nació de sus entrañas,
el que se llevó la osa
á la cueva y la crianza
que tuvo, fué entre animales,
entre bosques y montañas;
vestido andaba de pieles
de animales, y era tanta
su monstruidad, que asombra
con lo feroz de su cara,
pues una clava traía
en sus hombros, que por armas
de defensa le servía,
asombrando á cuantos pasan;
los que le ven se amedrentan,
los pastores se recatan,
pues en viéndole le dejan

solo el ganado que guardan.
Llegó á París la noticia,
y don Claudio se aprestaba
para salir á buscarle;
toma recado de caza,
y partió con los monteros,
llevándose en su compañía
criados y mayordomos,
y de esta suerte les habla:
voy á buscar esta fiera
que tanto asombra y espanta.
Dando ya vista á los montes,
permitió Dios que llegara
á donde encontró al pastor
que el ganado apacentaba.
Saludóle cortesano,
y atento le preguntaba,
que si por ventura habria
alguna choza ó cabaña,
donde tuviesen albergue,
que la noche se acercaba.
Dijo el pastor: caballeros,
aquella pobre cabaña
donde yo habito, será
de ustedes la posada.
Suban por aquel collado,
y en lo hondo, en la bajada,
hallarán mi pobre choza,
donde penitencia hagan.



Vino el pastor y dispuso
de que luego al punto hagan
de cenar cumplidamente,
por ser gente de importancia.
Vió don Claudio á Margarita,
y reparando en su gracia,
saltos le da el corazon,
y sospechas le da el alma.
¡Ay Dios! cómo se parece
aquella hermosa zagala
á la triste de mi esposa,
que en gloria tenga su alma.
Tambien doña Margarita,
toda confusa y turbada,
ha conocido á su esposo,
y de él mucho se recata,
que teme ser conocida,
aunque le llevaba el alma.
Grande recelo concibe
de ver cuanto la miraba:
¿Si vendrá á darme la muerte
sabiendo que viva estaba?
Quiere ausentarse, y no acierta,
y en turbacion tan estraña,
á la Virgen de la Paz
de veras se encomendaba.
Díjole luego á su hijo,
que á la gente preguntara
quién era aquel caballero,
por si ella estaba engañada,
qué cuidado les traia
por aquella tierra estraña
para salir de temores
y quedar desengañada.
Y despues de haber cenado
el mozo les preguntaba
quién era aquel caballero
que le llevaba el alma.
Respondió el mayordomo
sin recelarse de nada:
es un grande de la córte;
al cual don Claudio le llaman:
dicen que hay en este sitio
una fiera tan estraña,

que asombra á cuantos la han visto
y que aturde á la comarca;
y con aquesta noticia
mi amo se encaprichaba
que este animal, muerto ó vivo,
no ha escapar de sus armas.
Se aseguró Margarita
en lo que tanto importaba,
y sin saltarle el recato
muchas veces suspiraba,
viendo delante al traidor,
y que estaba en la privanza
de su esposo, siendo ella
por su traicion desdichada.
Del Cielo venga el castigo
(decia con mucha ansia)
Dios proteja la inocencia
y vuelva por esta causa,
descubriendo la verdad
quede mi opinion sin mancha.
Pasaron aquella noche,
y á otro dia de mañana
salieron con el cuidado
de dar principio á la caza
para si el mónstruo encuentran
lograr toda su esperanza.
Con el deseo que llevan
todo el monte paseaban
sin que se logre el intento
que Dios así lo ordenaba.
Viéndose muy fatigado
don Claudio, luego se encontraba
en la choza ó casería,
sin que nadie lo notara.
Estaba su triste esposa
en un trasportal sentada,
siendo raudales sus ojos,
muchas veces los limpiaba.
¡Ay esposo de mi vida!
cada instante pronunciaba!
¡quién te diera el desengaño
y se fuera en tu compañía!
Quedó don Claudio confuso
de ver cosa tan estraña;

y sin que sea sentido,
mas á escuchar se aplicaba.
Estando en tal confusion,
vió que al corral entraba
aquel mozo, Valentin,
y de esta suerte le hablaba:
madre mia ¿qué es aquesto,
que veo en vos tal mudanza
despues que vino esta gente?
que es razon sepa la causa.
Respondió aumentando el llanto:
hijo mio de mi alma,
¿qué ha de tener una triste
que aquí se vé desterrada?
no muerta por gran piedad,
viva, sí, mas desgraciada.
Ese noble caballero
que vino á posar á casa,
es tu padre y mi marido,
y no puedo hablar palabra.
Aquel traidor que le asiste
mayordomo allá en mi casa,
en ausencia de tu padre,
quiso que le diese entrada;
y por no darle lugar
tomó una infame venganza:
me levantó una calumnia
con un paje de la casa,
diciendo estaba conmigo...
le dió muerte á puñaladas.
Tu padre que aquesto supo,
dando crédito á la infamia,
mandó luego á dos criados
me traigan á esta montaña,
donde me quiten la vida,
y ellos me la dan por gracia.
Naciste tú en estos montes
con otro hermano en compañía,
el cual me llevó una fiera,
sin que yo lo remediara;
y de todas estas penas
se ha refrescado la llaga.
Quedó el mozo enternecido,
y á su madre consolaba;

pero oyendo esto don Claudio
de puro gozo lloraba;
disimuló cuanto pudo;
y viendo traicion tan clara
del infame mayordomo,
solo aspira á la venganza.
Valentin se sale al campo,
al mayordomo buscaba,
el cual venia rendido
de andar buscando la caza;
y llegando hácia él
le ha dado una puñalada
que cayó á sus piés rendido
sin saber qué fué la causa.
Confiesa, dice, traidor,
la calumnia ó la infamia
que á la ilustre Margarita
levantaste tú sin causa;
ya vas á dar cuenta á Dios,
mira, traidor, por tu alma
Todos se llegan por ver
esta maravilla rara,
y cuando los vió juntos
ha dicho estas palabras:
Yo, señores, soy aquel
que imputando de liviana
á mi señora, maté
al paje que estaba en casa:
fué esto un falso testigo,
solo por tomar venganza
de aquella noble matrona,
que es honesta, honrada y casta.
A todos pido perdon
por Dios y la virgen Santa;
así lo alcancen de Dios
y su Madre Soberana.
Quiso acabar lo don Claudio,
mas todos se lo embarazan,
diciendo que le perdone
porque descansa su alma.
Despues de haber espirado,
los esposos se miraban,
y del gozo y sentimiento
no aciertan á hablar palabra,

y prorumpiendo don Claudio,
la dice: esposa del alma,
ó es encanto cuanto miro,
ó es sueño lo que nos pasa;
sin poderse contener
estrechamente la abraza;
y volviendo sobre acuerdo
pretenden con vigilancia
buscar á aquel mónstruo que
tanto horror y espanto causa.
Les previene Margarita
que si acaso lo encontraban
no le hagan mal ninguno,
que le da impulsos el alma
que aquel ha de ser su hijo
y que así el Cielo lo guarda.
Y recorrieron el monte,
no dejan cerro ó cabaña
que no la midan á pasos,
hasta que entre unas ramas
don Claudio lo descubrió
y vió que es persona humana;
él mismo se fué á su padre,
que la sangre lo llamaba.
Viendo tan grande prodigio
lo acaricia y agasaja,
ni entiende lo que le dicen,
ni acierta á hablar palabra;

iba siguiendo á su padre
hasta entrar en la cabaña;
se fué derecho á su madre,
y de ella no se estrañaba.
La osa que lo echó de menos,
como una ovejuela mansa,
hasta entrar dentro de París
fué siguiendo sus pisadas.
Hizo el caso tal ruido,
que conmovida la Francia,
van á ver tan gran prodigio,
y es un jubileo la casa.
Enseñáronle á hablar
y la doctrina cristiana
despues que lo bautizaron
y desde entonces le llaman
Ventura Osson, y su padre
inmediatamente manda
que á la Virgen de la Paz,
en hacimiento de gracias
de este suceso feliz,
una lámpara se le haga
que pese cuarenta libras
de plata sobre-dorada,
y á los criados mil pesos.
Y aquí la historia se acaba;
pidiendo ahora el poeta
perdon de todas sus faltas.

FIN.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.



Ma

En V
una ric
muy ap
por sus
Dotada
y de un
los gala
suspiro
y más
su man
Adela,
de nue